

# Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y  
BELLAS ARTES. PUBLICADA POR LA  
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.



---

Año VI — Santiago, Junio de 1929 — Núm. 54

---

Enrique Molina  
Presidente de la Universidad  
de Concepción

## LOS DIEZ PRIMEROS AÑOS DE LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

Discurso pronunciado por el Presidente de la Universidad de Concepción en el acto celebrado el 29 de Mayo, con motivo del décimo aniversario de la fundación de la Universidad.

**R**ECORDAR que en días del pasado Abril cumplió nuestra Universidad diez años de vida y ejecutar la voluntad de un alma bien inspirada, la señorita Rosa de Ambrosy, que en favor de los estudiantes más aprovechados instituyó los premios que llevan el nombre de su hermano Arturo, son los motivos que nos congregan en el acto solemne de hoy. Ambos envuelven suficiente valor para que fueran brillantemente celebrados.

Diez años no constituyen un largo espacio de tiempo para instituciones universitarias; pero si miramos el

camino recorrido, los progresos alcanzados, este tiempo se nos presenta en nuestro caso como un mago capaz de hacer prodigios.

Es, pues, esta una ocasión propicia para evocar un recuerdo de lo hecho y repasar a grandes rasgos la jornada realizada. El nacimiento de esta universidad fué como la fructificación de una buena semilla en terreno largamente preparado.

La existencia de la Escuela de Derecho había colocado desde hace más de sesenta años algunas palmas universitarias en el escudo de esta ciudad. Desde el siglo pasado se venía proyectando la creación de otras escuelas universitarias. Pero fué un hecho casi accidental el que provocó la concentración de energías y el movimiento social que nos han conducido a la hermosa realidad que presenciamos hoy y que nos conducirán a la más hermosa y completa aún que esperamos alcanzar dentro de poco.

Recuerdo que en Marzo de 1917 solicité en una entrevista del Presidente de la República señor Juan Luis Sanfuentes que fundara la Universidad de Concepción. Por ese tiempo no concebíamos, y así fué durante dos años más, que la universidad pudiera existir de otra manera que fundada por el Estado. Las circunstancias, que debemos saber aprovechar y que son a veces las conductoras de los hombres, iban a hacer que nuestros anhelos se realizaran de otra manera. El Presidente acogió el proyecto con muy buena voluntad, pero las eternas dificultades financieras le impidieron tomarlo inmediatamente como un propósito del gobierno. Mas la idea lanzada en aquella entrevista cayó en Concepción cual chispa incendiaria de ánimos, y el civismo de los penquistas se alzó para luchar por la consecución del instituto de estudios superiores con que se venía soñando desde hacía tanto tiempo. Se organizó entonces el Comité Pro-Universidad y Hospital Clínico de Concepción, entre cuyos miembros, para no mencionar más que a los ausentes y fallecidos, recuerdo a Augusto Rivera Parga, al doctor Virginio



Gómez, a Edmundo Larenas, a Abraham Valenzuela Torrealba, a Carlos Soto Ayala, a Carlos R. Elgueta. Algunos de los que seguimos trabajando en la dirección o en las aulas universitarias formábamos también parte de él, como Aurelio Lamas B., Julio Parada B., Alberto Coddou O., Luis D. Cruz Ocampo, Eliseo Salas, Esteban Iturra, Desiderio González, Pedro Villa Novoa.

Después de diversas gestiones el Comité se convenció de que el Gobierno no crearía quien sabe en cuánto tiempo la Universidad. No eran sólo penurias financieras las que lo impedían. Había también de por medio, hay que reconocerlo, rivalidades y temores políticos y sectarios, y no faltaba tampoco la menguada intriga de algún corazón pequeño.

El Comité se cansó de esperar y en un gesto de audacia y de fe resolvió, sin más ni más, abrir la Universidad a principios de 1919. Iniciaron sus trabajos entonces las Escuelas de Farmacia, de Dentística, de Química Industrial y de Educación con un curso de inglés.

Fué aquél un gesto que no vacilo en calificar de heroico y temerario. Dificulto que universidad alguna en el mundo haya nacido en cuna más humilde y desamparada. La opinión de Concepción estaba preparada para querer una Universidad, pero no contaba con los medios ni para empezar a mantenerla. Recibimos algunas sumas de benefactores de la localidad, pero eran pequeñas para obras como éstas. La muchachada del Centro Dramático del Liceo de Hombres sacrificó sus vacaciones de Septiembre y se lanzó al sur en jira de saltimbanquis a buscar fondos para la nueva institución. Con el producto de sus veladas bufas envió siete mil pesos. Los municipios de la región se mostraron muy bien inspirados y acordaron subvenciones, siempre módicas, en favor de la universidad. Pero ni por ser módicas las pagaron. No era de esperarlo tampoco. Si mal no recuerdo, sólo la comuna de Perquenco envió regularmente durante dos o tres años la asignación

de mil pesos que había establecido. Se efectuaron colectas públicas. Las damas de nuestra sociedad y las colonias italiana y española se sacrificaron repetidas veces organizando fiestas para reunir fondos en favor de la nueva obra. El presupuesto fiscal consultó algunas reducidas subvenciones que nunca pasaron de cincuenta mil pesos al año. Los estudiantes cancelaban sus derechos de matrícula. Pero todo esto era muy poco para lo que necesitábamos y la Universidad se mantuvo principalmente por el entusiasmo, tenacidad y abnegación de sus fundadores y de los primeros maestros que profesaron en sus aulas.

\*\*\*

¡Qué principios aquéllos!

El profesor de química señor Salvador Gálvez no disponía de otros aparatos para hacer los experimentos de esa ciencia que tubos vacíos de Aspirina Bayer y un pequeño anafe, que él mismo debía llevar de su casa a la clase en el bolsillo. En la denominada Escuela Dental, que ocupaba dos salas de la vetusta casa del Círculo Francés, hoy espléndida Escuela de Farmacia, no había para los clientes más que un sillón que en sus buenos tiempos lo había sido de la peluquería del Club Concepción. Se encontraba en el desván de los trastos inservibles; de aquí fué tomado y, adecuadamente reparado, vino a servir para que más de una docena de jóvenes se iniciaran en la importante carrera que les iba a asegurar el porvenir.

Debo confesarlo. Volvía de visitar las magníficas universidades estado-unidenses y al ver aquí tanta pobreza, se me encogió el alma. Sentí de una manera atormentadora la enorme responsabilidad que echábamos sobre nosotros con abrir nuestras aulas y aceptar en ellas más de un centenar de jóvenes que confiadamente ponían en nuestras manos sus destinos. ¿Sería-



mos capaces de corresponder a la buena fe de esas almas adolescentes? ¿Podríamos, como eran nuestros deseos, conducirlos hasta el fin? ¿No íbamos, a pesar nuestro, a jugar con el porvenir de esos muchachos despreocupados? No era posible dar por el momento respuestas tranquilizadoras a estas interrogaciones. Silencié mis inquietudes, me las guardé para mí, y juntos los compañeros de aventura seguimos en la noble empresa mística, quijotesca y romántica.

Los exámenes del primer año fueron dados con éxito ruidoso ante las comisiones enviadas por la Universidad de Chile, lo que constituyó un triunfo que nos regocijó hondamente y nos trajo alivio moral.

Pero las penurias financieras siguieron preocupándonos. Antes de 1924 hubo años en que pasaron seis, siete u ocho meses sin que se pudieran pagar sus modestos sueldos a los pocos empleados y profesores que no trabajaban *ad-honorem*.

Para que buscara remedio a tan angustiada situación el Directorio nombró una comisión de subsidios y en el seno de ella nuestro secretario, don Luis David Cruz Ocampo, propuso el establecimiento de aquellas estupendas «donaciones con sorteo» que fueron el principio de la actual lotería y la salvación de la universidad.

Estas operaciones que parecen hoy día de un éxito seguro, no eran entonces una cosa tan sencilla. No obstante nuestras necesidades, pasamos varios meses sin resolvernos a emprenderlas hasta que encontramos en el Gerente de la Oficina de Subsidios la persona que buscábamos y que nos inspiraba confianza para embarcarnos en tan arriesgada empresa. Sin embargo, no eran pocas las gentes llamadas sensatas que predecían que el Directorio de la Universidad en masa iría a parar a la cárcel. Hubo un Ministro de Instrucción que me conminó a que renunciara la presidencia de la Universidad porque seguramente traería complicaciones perjudiciales para mi cargo de Rector del Liceo el hecho

de ser presidente de una institución que se mantenía con loterías prohibidas por la ley. Al Ministro le contesté que precisamente por encontrarse la Universidad en una situación difícil no podía renunciar a su presidencia en esos momentos. Debo advertir que el cargo de presidente no era entonces rentado.

El bienestar que habíamos logrado fué de corta duración. Por disposiciones de la Junta de Gobierno que tomó el poder público en Septiembre de 1924, los sorteos se vieron suspendidos desde Octubre de este año hasta Agosto de 1925. Nos libramos de ir a un desastre gracias a don José Bernales, que subió al Ministerio de Instrucción a fines de 1924 en reemplazo de don Gregorio Amunátegui Solar. El señor Amunátegui, que se decía muy amigo de nuestra universidad, no hizo nada por salvarnos. El señor Bernales, con un espíritu amplio y comprensivo, a que debemos una palabra de gratitud, se dió cuenta de las necesidades de la universidad desde las primeras informaciones que recibiera de nosotros y nos prometió para 1925 una subvención de quinientos mil pesos, subvención que defendió en el seno de la junta de gobierno y dejó establecida en el presupuesto fiscal.

En Agosto de este año fueron autorizados los sorteos y así legalizado su funcionamiento en virtud del decreto-ley N.º 484, dictado durante la restablecida presidencia del señor Alessandri, y por obra principalmente del empeño gastado por el señor Augusto Rivera Parga, a la sazón Intendente de esta provincia y uno de los más decididos propulsores de la Universidad.

\*\*\*

Desde ese momento la máquina universitaria ha podido andar, si no aceleradamente, por lo menos con regularidad. Ha sido dado atender en la forma más in-



dispensable al incremento y desarrollo que reclamaban los laboratorios, gabinetes y demás reparticiones universitarias.

Los estudios de la Escuela de Medicina, fundada en 1924, los hemos extendido por ahora hasta el tercer año inclusive. Con el desenvolvimiento que se espera tengan los servicios hospitalarios en esta ciudad se llegará en un día no lejano al establecimiento del curso completo de los estudios médicos.

Hemos instalado un buen Instituto de Fisiología en la propiedad adquirida por la Universidad en la Avenida Víctor Lamas, entre las calles de Caupolicán y Rengo, y hemos contratado para la enseñanza de esa asignatura al eminente investigador profesor Alejandro Lipschütz.

Dicho sea desde luego, aunque se trate de diferentes escuelas, la Universidad ha tomado también— por medio de contratos — los servicios de los distinguidos profesores señores Guillermo Grant, Ottmar Wilhelm, Samuel Zenteno Anaya y Humberto Vergara.

La existencia de nuestra Escuela de Medicina ha influido en el ambiente médico elevando su nivel científico y profesional y, como consecuencia de esto, pueden hacerse a la fecha en Concepción muchos tratamientos especializados sin recurrir a la capital.

En 1926 se llevó a cabo en Concepción el primer Congreso Nacional de Farmacia organizado por profesores de la respectiva escuela de nuestra Universidad y por miembros de la Sociedad de Farmacia de esta ciudad, la que, a su vez, debía su nueva vida a iniciativas partidas de la Escuela.

El Congreso aprobó un voto de aplauso a la Universidad por la forma en que había establecido su Escuela y la Farmacia Modelo. Manifestación elocuente de la apreciación de nuestros progresos fué que se acordara trabajar por introducir en los planes de estudios de la Universidad de Chile ramos que figuraban en el plan

de los estudios farmacéuticos de nuestra Universidad, lo que se consiguió en 1928.

A la Escuela de Educación se le ha dado un apreciable desarrollo. Además de los cursos para formar profesores de inglés y de francés, han funcionado otros para preparar catedráticos de castellano y alemán y un curso normal para profesores primarios. Se le ha agregado también una Escuela de Aplicación en que se practican los nuevos métodos de Montessori y Decroly, y un Instituto de Orientación Profesional, que, como su nombre lo indica, tiene por objeto mostrar prácticamente a los futuros profesionales los procedimientos científicos mediante los cuales se resuelven los problemas relacionados con la educación vocacional y responder a las consultas que se le hagan sobre la elección de una carrera u oficio por estudiantes u obreros.

También la Escuela Dental organizó, bajo los auspicios del Directorio de la Universidad y de la Sociedad Odontológica local, un Congreso Nacional de Odontología, que se llevó a cabo en 1927.

Fuera del carácter docente propio de sus diversos departamentos, la Escuela Dental desempeña un rol social de importancia en sus clínicas y laboratorios atendiendo a un numeroso público en forma gratuita o exigiendo sólo el valor de los materiales empleados. En este orden de servicios merecen especial mención los que se prestan, también sin costo alguno para los beneficiados, a los alumnos de las escuelas públicas. Estos servicios se proporcionan por secciones de 15 alumnos que se renuevan cada dos o tres meses después de haber obtenido el arreglo total de su dentadura.

Una de las notas más originales dadas por nuestra Universidad al tiempo de su fundación, fué la creación de la Escuela de Química Industrial. Venía a responder esta escuela al justo anhelo en que hemos estado viviendo desde hace algunos años de elevar nuestra capacidad industrial y económica. Su importancia ya se ha



podido comprobar. Los alumnos egresados de sus aulas ocupan puestos de significación y responsabilidad en diversos establecimientos industriales del país. Recientemente tres de los jóvenes titulados en los últimos años han sido contratados como técnicos por otras tantas empresas salitreras.

La brusca supresión a principios del presente año del Curso de Leyes que funcionaba anexo al Liceo de Hombres, puso a la Universidad en el trance de tomar una rápida resolución al respecto. Estimamos que no era posible permitir que se diera término a la tradicional situación de esta ciudad que ha hecho de ella uno de los centros de la cultura jurídica del país y que sin Facultad de Derecho una Universidad queda como un organismo trunco. Por estas razones, y afrontando sacrificios imprevistos, creamos por nuestra cuenta la Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales, que hoy funciona con toda regularidad.

Para el perfeccionamiento del elemento docente y de los alumnos más aventajados, el Directorio ha otorgado comisiones de estudios en el extranjero por un tiempo más o menos largo. Así han ido el señor Luis Arellano a Francia, los señores Roberto Contreras y Enrique Madsen a Alemania, la señorita Corina Vargas y los profesores de la Escuela Dental señores Arturo Gigoux y Pedro Valenzuela a los Estados Unidos. El Director de la Escuela de Ciencias Jurídicas señor Julio Parada Benavente y el profesor de la misma señor Luis Silva Fuentes, deberán ir en el presente año a las Universidades de Buenos Aires y La Plata, el primero a estudiar la organización de los seminarios correspondientes a su Facultad, y el segundo a imponerse de la forma en que se hace la enseñanza del Derecho Internacional Privado.

En las diferentes escuelas se ha graduado en los diez años a que se refieren estas noticias el siguiente número de profesionales: 129 farmacéuticos; 61 dentistas; 27

profesores de inglés; 7 profesores de francés; 28 profesores normalistas; 11 ingenieros químicos, y un químico analista. Han terminado sus estudios y les falta sólo recibir el título correspondiente 7 farmacéuticos, 18 ingenieros químicos y 3 químicos analistas. Han terminado hasta el tercer año de Medicina 49 estudiantes.

El Directorio de la Universidad se halla empeñado en llevar a término con la mayor rapidez posible los edificios que necesita la Universidad para dejar las mezquinas casas arrendadas y estar dignamente instalada de una manera definitiva. Se está concluyendo la Escuela de Farmacia y se hallan muy avanzados los trabajos de una magnífica Escuela Dental y de otra de Química Industrial y Tecnología. Se ha empezado ya al lado del Teatro Concepción la casa en que se instalarán la Presidencia, la Secretaría General, la Oficina de Subsidios, la Tesorería General y otras dependencias de la administración central. Entre éstas merece especial mención la Biblioteca Pública que, a juzgar por lo que ya es y por la diligencia con que se la tiene al día, promete ser una de las más ricas del país y un bello testimonio de lo que la obra de la Universidad significa para el progreso intelectual.

Ya ha resuelto también el Directorio que se preparen los planos y estudios necesarios para proceder a la construcción de un Instituto de Anatomía, de una Escuela de Medicina con todas sus dependencias, de una Escuela de Educación, de una Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales, de un Aula de Filosofía, de una Escuela de Bellas Artes, de un estadio completo. Luego se levantarán con toda probabilidad algunas escuelas de ingeniería y de agricultura y bosques y un club universitario. He omitido mencionar en la enumeración precedente, aunque se encuentran en el plan aprobado por el Directorio, las casas para estudiantes a fin de insistir en la urgencia de este proyecto. Los estudiantes y las estudiantas no hallan en esta ciudad viviendas



adecuadas y cómodas a precios convenientes. Pensamos que la Universidad debe ofrecer a los jóvenes que acuden a sus aulas no sólo la educación para llegar a la más alta eficiencia profesional, no sólo la enseñanza de que en medio de los afanes del mundo deben ser siempre honrados y leales, amplios y comprensivos, sino también cuanto convenga al perfeccionamiento y salud del cuerpo. Para la formación de la juventud éste es un punto esencial y no se resolverá acertadamente si no disponemos de casas adecuadas para los estudiantes de ambos sexos y si no prestamos al ejercicio de los deportes la protección que se merecen.

En las líneas anteriores tenéis, señores, un cuadro tal vez demasiado esquemático de lo hecho hasta ahora. Si agregáis los detalles de organización que no aparecen aquí, los estudios relativos a la reforma de los estatutos universitarios y otros semejantes, podéis ver que la labor realizada no ha sido escasa.

Quisiera sobre todo poner de relieve su importancia en dos aspectos.

Uno es que con la laboriosidad que hemos desplegado y con la estricta honradez de nuestros procedimientos creemos haber correspondido plenamente al privilegio que el Estado pusiera en nuestras manos para practicar los sorteos que periódicamente llevamos a cabo. Me complazco en declarar aquí que todos los informes expedidos por los visitantes que han venido a inspeccionar el funcionamiento de la Oficina de Subsidios y de la Tesorería General han sido absolutamente satisfactorios.

No hemos vivido sin embargo libres de zozobras. Suelen asaltarnos proyectistas que con nuestros recursos pretenden realizar cosas mejores de las que nosotros hacemos. No es difícil planear el bien con la fortuna de los demás. Pero podemos confiar en que nuestra situación se mantendrá y ello tenemos que agradecerlo principalmente al Primer Mandatario de la Nación, Excmo. Señor don Carlos Ibáñez, quien, inspirándose

en el más puro interés por nuestra cultura, ha confirmado más de una vez con su autorizada palabra la confianza puesta por el Gobierno en nuestra Universidad.

A este respecto no puedo dejar de decir que se encuentran muy equivocados aquéllos que se imaginan a la universidad inmensamente rica por obra de la lotería. Para algunos el Bío-Bío sería el Pactolo de arenas auríferas y en un corral de Concepción se trasquilaría el carnero del vellocino de oro. Pero, aunque parezca redundancia, es menester declarar que no hay tal. Las entradas no son tantas como se cree y sólo podemos disponer de ellas sujetándonos a las muchas limitaciones establecidas por el decreto-ley N.º 484 de Agosto de 1925 que autorizó los sorteos. Así, por ejemplo, de los \$ 6.553,860.92 que se obtuvieron en 1928 con los sorteos, la Universidad debió entregar \$ 1.786,153.27 a la Cruz Roja Chilena, destinar a depósitos intocables en su capital de reserva \$ 2.381,544.37 y dedicar a edificación \$ 893,079.14. De esta suerte no le han quedado a nuestra institución más que \$ 1.493,079.14, los que sumados a los \$ 600,000.00 que le corresponden como cuota básica, dan un total de \$ 2.493,079.14 para su presupuesto ordinario. Así se halla todavía la Universidad algo lejos de un afianzamiento definitivo en el orden financiero y no cuenta tampoco con los recursos suficientes para ejecutar pronto cuanto necesita hacer.

El otro punto a que quisiera referirme es el relativo al radio de acción de la Universidad. Gracias a ella ha agregado Concepción a sus blasones de villa histórica la diadema de ciudad universitaria. Fuera de lo que esto significa en favor de la actividad científica que se radica aquí para el perfeccionamiento de las demás categorías de profesionales que actúan en la ciudad, cabe anotar por tal motivo el mayor desarrollo de muchas ramas del comercio y el mejoramiento de las librerías. Además, la población aumenta, especialmente la de gente joven que en las aulas, en las calles y en las pla-



zas nos brinda constantemente, en mayor proporción que en otras partes del país, el alegre encanto de la primavera de la vida. Pero creo que más allá de esta acción local y de la regional vinculada a ella, la obra de la Universidad reviste caracteres de importancia nacional. Nuestros alumnos acuden desde Iquique hasta Chiloé. A las labores de la inteligencia no es fácil señalarle límites y la que en nuestro hogar se realiza no sólo ha propagado sus ondas hasta los más remotos aledaños nacionales sino que aun en algunos de sus aspectos ha llevado más allá de nuestras fronteras bien aureolado en alas de valores científicos el nombre de Chile.

\*\*\*

Debo manifestar, sin embargo, que los directores de la Universidad no estamos aún contentos con lo hecho y sentimos la angustia impaciente de lo que resta por hacer.

Las casas universitarias indispensables para que haya Universidad no son, empero, y no deben ser más que el albergue de un alma. Las universidades constituyen, como los templos, hogares ideados por el hombre para que en ellos sople el espíritu.

Vida espiritual es, sin duda, la que se hace en las clases, laboratorios y en todas partes donde profesores y alumnos llevan a cabo observaciones y experimentaciones. Vida espiritual es la que palpita en las páginas de nuestra revista *ATENEA* y la que se lleva a cabo en las conferencias de extensión universitaria. Para estímulo y galardón de las obras de la inteligencia se ha abierto el certamen histórico literario de *ATENEA* y se han establecido premios permanentes para las mejores producciones literarias y científicas que aparezcan cada año.

Pero comprendemos perfectamente que lo realizado dista mucho de ser bastante y pensamos en aquellos

seres afortunados que, tras la terminación de la obra material que nos falta, pueden también llevar a cabo esa finalidad siempre relativa de intensificar y ennoblecir la vida del alma, que es una calidad necesaria de todo progreso real y de toda verdadera Universidad.

Nos transportamos a los días venturosos en que los recursos universitarios permitan que en cada facultad, en cada instituto, en cada laboratorio haya investigadores consagrados, en competencia y colaboración con los sabios del mundo entero, a ir descubriendo poco a poco los secretos de la ciencia y a mejorar la condición de los hombres. Y como coronamiento de esta mansión de ideas nos imaginamos aulas en que resuene en especulaciones desinteresadas el verbo independiente de la filosofía. A las puertas de esas aulas se deberá poner como divisa: «Por el desarrollo indefinido y libre del espíritu». Pensamos en galerías y museos destinados a mantener el culto de la belleza plástica y en salas en que se oiga el lenguaje alado de la música, que es la expresión de lo inefable para la palabra.

Veo acudir a esos sitios damas, hombres y jóvenes que, a la luz moribunda del crepúsculo o bajo lámparas veladas, van a buscar en el regazo universitario momentos de sereno solaz interior. Van a escuchar la voz de la filosofía que no miente, que no persigue ningún fin escondido, sino la verdad que, desnudá como virgen espartana, cumpliendo un rito sagrado, trata de disipar las sombras de alguno de los misterios que siempre nos rodea.

Y en el recogimiento de esa hora hallan tal vez los hombres soluciones para algunas de sus incertidumbres e inquietudes o, sin llegar a resultados definitivamente ciertos, pueden pensar que buscar a Dios es empezar a encontrarlo, que la vida espiritual es un bien en sí misma, que por obra de la concentración tranquila se abren nuevos horizontes y caen barreras interiores que



se habían levantado sin saber cómo y nos cerraban el paso. Y hallan, por fin, que la conciencia de las propias limitaciones es un principio de sabiduría y no un motivo para que se debiliten nuestro optimismo y nuestra confianza en la acción ni para que desconozcamos las bellezas de la vida.